

GÉNERO Y MATERIALIDADES AFECTANTES: LA FOTOGRAFÍA COMO RECURSO PARA CONSTRUIR UN CONOCIMIENTO DESCENTRADO

Ana Cecilia Concha Bocanegra¹
Alejandra Giselle Schwartz²

RESUMEN

Este artículo aborda el recorrido personal y académico realizado como cursantes de la Diplomatura de Estudios Avanzados en Antropología de y desde los cuerpos con perspectiva latinoamericana, desarrollado en la Universidad Nacional de Rosario (Argentina) entre 2022 y 2023. Este trayecto nos llevó a cuestionar nuestros posicionamientos nativos de investigación, permitiendo legitimar los saberes encarnados en nuestros cuerpos, en nuestros trayectos personales y sociales. Este trabajo es una suerte de memoria reflexiva sobre ese itinerario académico encarnado en nuestros cuerpos.

Palabras clave: encarnamiento, memorias, reflexiones, trayectorias memorias.

ABSTRACT

**GENDER AND AFFECTING MATERIALITIES:
PHOTOGRAPHY AS A RESOURCE FOR BUILDING
DECENTRALIZED KNOWLEDGE**

¹ Máster en Historia. Cátedra de Trabajo Social y Antropología social y cultural. Carrera de Trabajo Social - Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. ana.conchabo@filo.unt.edu.ar Orcid: 0000-0002-1292-0870

² Licenciada en Historia. Cátedra de Etnología / Antropología y Etnografía General de la Carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. alejandra.schwartz@filo.unt.edu.ar Orcid: 0009-0002-6516-4834. Fecha de realización de artículo: junio de 2024.

This article addresses the personal and academic journey made as students of the Diploma of Advanced Studies in Anthropology of and from bodies with a Latin American perspective developed at the National University of Rosario (Argentina) between 2022 and 2023. This journey led us to question our native research positions, allowing us to legitimize the knowledge embodied in our bodies, in our personal and social trajectories. This work is a kind of reflective memory about that academic trajectory embodied in our bodies.

Keywords: embodiment, memories, reflections, trajectories memories.

Hannah Arendt, considera que la amistad es un afecto político en el que hay amor sin “posesión”. A diferencia de la pasión sexoafectiva, que es del orden de lo privado, la naturaleza de la amistad es pública. Habitar en la pluralidad del mundo significa establecer relaciones de amistad. Hannah no duda en señalar que las personas que marchan juntas adquieren mayor capacidad para pensar y actuar en el mundo. La amistad es correlativa del diálogo, de la escucha, de la comprensión y del grano de la locura³.

INTRODUCCIÓN O ALGUNOS APUNTES SOBRE LOS AFECTOS

Hannah Arendt es una pensadora que cuenta con una vasta obra y temas de reflexión. Para su vida personal y para su recorrido filosófico, la amistad tiene un rol preponderante. En diversas obras, *Hombres en tiempos de oscuridad*, por ejemplo, retoma una idea aristotélica, la de

³[https://www.pagina12.com.ar/438380-esa-cosita-loca-llamada
amistad#:~:text=Habitar%20en%20la%20pluralidad%20del,del%20grano%20de%20la%20locura](https://www.pagina12.com.ar/438380-esa-cosita-loca-llamada-amistad#:~:text=Habitar%20en%20la%20pluralidad%20del,del%20grano%20de%20la%20locura)

philia politike, uniendo la amistad con la política. Ana y Alejandra, autoras de este texto, nos conocemos desde adolescentes, en un muy incipiente movimiento secundario que crecía en el enfrentamiento con la Ley Federal de Educación, en una provincia de Argentina gobernada por un genocida. Amistad y política, entonces, no se encuentran tan lejanas como puede parecer.

La formación académica nos encontró también en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. La elección profesional no fue azarosa. En esta carrera en particular, se hace mucho énfasis en la objetividad, que nosotras diríamos más “pretensión de objetividad” de la investigación histórica. En el caso de Ana, cuando ingresó a la Facultad a finales de los años noventa, soñaba con investigar algún tema vinculado al *Ejército Revolucionario del Pueblo* en Tucumán; su papá había sido integrante y por ello exiliado. No encontró eco en ningún docente para ejecutar esa investigación; los argumentos eran que no había distancia temporal necesaria, no se podía investigar algo que resultaba cercano; los profesores también sostenían que había muerto mucha gente querida durante la dictadura y preferían no recordar. En la Facultad, en la asignatura Historia Argentina solo se estudiaba hasta el año 1955. Si bien en los programas figuraba más contenido, en los hechos todos los estudiantes sabían que los contenidos posteriores a 1955 no se examinaban, no se explicaban, estaban invisibilizados. Como consecuencia, Ana terminó en un proyecto de historia económica, *contando carretas* y los productos del comercio exportador de Tucumán entre 1830-1840. Si bien a los fines académicos sirvió, ahí no había cuerpo, no había sentimientos. Lo utilitario iba por un lado, el amor, el deseo, lo que movilizaba, por otro lado.

Alejandra tuvo mejor suerte; pudo abordar en su tesina de grado el tema de Memoria y Testimonio en Tucumán, e incluso trabajar por varios años como coordinadora del Programa Educación y Memoria en el Ministerio de Educación de la Provincia de Tucumán. En relación con su conexión con el tema de investigación, su historia familiar se encuentra surcada por la Shoá y el terrorismo de Estado. A pesar de

esto, la reconstrucción de la historia familiar en relación con los genocidios fue difícil, dado el dolor que seguía causando en sus familiares. Venir de familias militantes no garantiza que *todo* pueda decirse o preguntarse.

Ambas llegamos a la antropología por diversos caminos, que tuvieron en común unir preocupaciones personales/familiares, conectando nuestras memorias con la historia, entendiendo los marcos de sentido en los que se desarrollaron nuestros trayectos vitales y los de nuestros linajes.

Ambas empezamos la Diplomatura de Estudios Avanzados en Antropología de y desde los cuerpos con perspectiva latinoamericana dictada en la Universidad Nacional de Rosario (Argentina) (en adelante la Diplomatura) entre los años 2022 y 2023 por nuestro interés por la antropología, en tanto ciencia que una podría decir *produce sus propias fuentes* y cuestiona sentidos sociales naturalizados. El camino académico de cada una nos llevó a trabajar como docentes universitarias en cátedras de Antropología en distintas carreras de la misma unidad académica. En el caso de Alejandra, en Historia; en el caso de Ana, en Trabajo Social. Lo incómodo de estas trayectorias personales *poco ortodoxas* (pensamos en la miniserie transmitida en Netflix basada en el libro autobiográfico de Deborah Feldman) es que conducen, en ambos casos, a elegir ambientes laborales y científicos donde se cuestiona lo dado, lo instaurado. Nos salimos del corsé de las fuentes, de la estructura de la historia, que, a pesar de las influencias de un Marc Bloch o un Braudel, continúa teniendo un fuerte sesgo positivista en la estructuración de su pensamiento y en sus modos de hacer. El *oficio del historiador*, aun sacudido ya por el citado Bloch y por todos los cambios de la segunda mitad del siglo XX, siguió, sin embargo, encorsetado. Más precisamente, limitando y disciplinando los cuerpos de los y las historiadores, su subjetividad, sus emociones y sus cuerpos. En este sentido, el rigor de la disciplina no solo modela al objeto de estudio, sino también a quienes lo producen. En la lucha por los sentidos del pasado, la pretensión de neutralidad debía ser enfatizada

en los estudios de memoria realizados por historiadores, que fueron los temas que nos interesaron por motivos personales y luego académicos. Sin embargo, el cursado de la diplomatura nos develó que detrás de ese mandato científico de la Historia como nuestra disciplina de origen, subyacía una construcción epistemológica sostenida en el dualismo ontológico cartesiano. Este paradigma escinde mente/cuerpo, resaltando la supremacía del primero sobre el segundo, lo que derivó en un objetivismo exacerbado en detrimento del cuerpo, asociado a lo subjetivo, lo valorativo, lo afectivo (Citro & Rodriguez, 2020, p.8). Es por esto, que el cursado de la diplomatura fue una invitación a deconstruir el sentido común establecido por la epistemología cartesiana, que nos permitió legitimar aquello que incómodamente nos pasaba por el cuerpo (su genealogía, su afectividad, su trayectoria, etc.), pero que no tenía *aparentemente* entidad científica.

La posibilidad de poder explicitar que el interés por el campo de la memoria empezaba por lo personal fue reveladora y movilizante. Esta insurrección se encarnó y canalizó a partir de las reflexiones generadas durante el cursado de la diplomatura, en la lectura de los textos, en la corporización del pensamiento y en la interacción reflexiva con los colegas cursantes que mostraron la fuerza de lo colectivo como una instancia de subversión frente al colonialismo académico, en el que prima la individualidad y en el que la neutralidad deviene un modo de ocultar la politicidad de la construcción del conocimiento. En este sentido, el cursado de la diplomatura nos permitió reconocer que la incomodidad frente al quehacer hegemónico en la disciplina histórica no era un problema personal, sino epistemológico. De este modo empezó a validarse como científico y problemático todo lo que tenía que ver con el devenir de nuestra subjetividad, nuestras trayectorias personales y sociales construidas con y desde nuestros cuerpos investigativos.

La posibilidad de plasmar nuestro itinerario personal y académico en un texto resultó fundamental para describir y reflexionar sobre este camino. Las nociones de trama y de hilado aparecieron como ideas

subyacentes en todo nuestro trayecto de cursado. Dice Jazmina Barrera en su libro: “La etimología del verbo *bordar* tiene una raíz indoeuropea (*bhar*) que significa punta, aguja, que la emparenta con la palabra *fastus* del latín, que dio fastuoso y fastidio. *Bordado* y *bordar* vendrían después del francés antiguo *bord*, que significa “lado de la nave”. Ahí se relaciona con la palabra *borde*, porque el bordado se usaba para decorar el borde de la tela. Del siglo X es un pasaje del *Libro de Exeter* que dice en anglosajón: *Faemne aet hyre bordan geriseth*. La traducción de esta frase es ambigua, porque la palabra *bordan* significa bordado y también borde. Hay quien la traduce: “El lugar de una mujer está junto a su bordado”. Una traducción más libre podría ser: “El lugar de una mujer está junto al abismo” (Barrera, 2021, p.10).

En este sentido, pensamos que desarrollar este camino retoma estas palabras de Jazmina Barrera (2021) en *Punto de Cruz*, donde aborda la historia de dos amigas y las conexiones vitales que las encuentran. La autora sostiene que “(...) la palabra “texto” y la palabra “tejido” compartían la raíz latina *texere*, que significa tejer, trenzar, enlazar; nuestra experiencia, entonces, no solo forma un texto, es un tejido en el que, a través de nosotras, se hacen presentes nuestros ancestros y también la historia de nuestros países.

HABITANDO EL EJE 1: DERECHOS HUMANOS, GENOCIDIOS Y CRÍMENES DE ESTADO

Frente a las situaciones ya descritas, la situación de dividir al grupo clase por ejes nos encontró con muchas dudas. Sobre todo, qué íbamos a hacer entre tantos artistas que nos deslumbraban con su producción. Nos afligía no encontrar un camino que recorrer. El dedicado trabajo de las docentes, en particular de nuestra tutora, le puso rápidamente freno a las preocupaciones y, además, le daba una vuelta de tuerca con la inclusión de crímenes de Estado. Esta propuesta nos permitía pensar la continuidad de las violencias que surcaban nuestras historias familiares.

Como dijimos, el eje estuvo compuesto por una sola línea de trabajo con dos integrantes, nosotras: Alejandra y Ana. Tuvimos, además del beneficio de tema común, una larga amistad y una genealogía que, con sus matices, da cuenta de experiencias compartidas. El objetivo con que iniciamos juntas la diplomatura nos imponía un desafío: afianzar el carácter político de nuestra amistad, alcanzar un grado de intimidad diferente. Ya no éramos *dos señores de traje y corbata*, estábamos desnudas una frente a la otra y frente a los compañeros. El tránsito por la Diplomatura en Antropología de y desde los cuerpos con perspectiva latinoamericana evidenció y profundizó en ambas ese camino, ese viaje y esa búsqueda iniciada posiblemente aún antes de nosotras mismas, en las historias familiares en las que fuimos concebidas.

Por otra parte, nuestras trayectorias académicas, tanto del grado como del posgrado, tenían en común un cuerpo silenciado, como si la actitud de aprender fuera la quietud. Ese posicionamiento nos disciplinaba, nos asfixiaba en una sola manera correcta de *conocer*; lo disciplinar era, a su vez, disciplinante. Quizá esa fue una de las principales disrupciones que produjo el inicio del cursado de la diplomatura. ¿Qué hacíamos con nuestros cuerpos convocados a otras lógicas? ¿Qué hacíamos con los límites asfixiantes de la historia frente a los sentimientos que se ponían en juego en las actividades? La decisión fue abrazar la incomodidad, entregarnos a la experiencia de recuperar la voz propia, soltar la seguridad de la aparente neutralidad. Los compañeros, antropólogos, artistas de diversos campos, profesionales de áreas cercanas al arte y el equipo docente nos esperaban amorosamente del otro lado. Nosotras, que en nuestro campo somos las desestructuradas, al inicio de la Diplomatura nos sentíamos como *señores de traje y corbata* (tengamos en cuenta el carácter patriarcal del traje como lugar de posicionamiento y lugar de enunciación). Esta sensación se escribía en masculino y remitía de diversas formas a nuestra disciplina de origen o a ciertas tradiciones decimonónicas de la disciplina. El ocultamiento detrás de una pretendida objetividad hacía siempre suponer que los investigadores eran varones. Varones formales de traje y corbata. El autor/los autores; no se chequea nunca si los autores no pueden ser las

autoras. La Diplomatura fue un espacio de reivindicación de la autoría de la palabra de y desde los cuerpos, estos cuerpos femeninos que se sacuden de asco en la visita a un Centro Clandestino de Detención, que sostienen con una mano amable en esos mismos momentos. Cuerpos que aportan a una comprensión más holística: las personas que sufrieron las violencias estatales las sufrieron también sobre sus cuerpos.

El enfrentamiento con un espacio donde la emoción estaba valorada y donde el cuerpo (y su forma de percibir) tenían lugar fue una experiencia que nos llevó, afortunadamente juntas, a un proceso de cuestionamiento de la tradición en la que nos formamos, pero, sobre todo, que construía un *sentido común* del quehacer del investigador. El investigador es aséptico, lejano, neutral. ¿Qué hacíamos con la piel de gallina, los ojos húmedos, el olor al barro y a podrido en las inspecciones oculares? ¿Qué hacíamos con los gestos de ternura, con el viento moviendo las hojas aún en esos lugares del horror? La diplomatura permitió que esto no se colara en nuestra escritura; fue mucho más allá: habilitó conocer también con otros sentidos y con el involucramiento personal que tenemos. La Diplomatura permitió que los sentimientos y las vivencias encuentren legitimidad en nosotras y, por ende, en nuestra escritura, trascendiendo la escisión colonialista cuerpo/mente/sentimientos y permitiéndonos incorporar estos últimos como un elemento central de nuestras investigaciones, que fueron validadas, por los nuevos abordajes facilitados por la Diplomatura.

Según Citro (1999), la perspectiva del descentramiento del rol tradicional del etnógrafo “(...) favorece que las dimensiones personales, afectivas y socioculturales del investigador se integren a las experiencias de campo, lo que posee diferentes consecuencias a nivel epistemológico y político (...)” (p.92). En consecuencia, estuvimos en un comienzo con pasos temerosos y muchas dudas sobre la científicidad de lo que estábamos produciendo. Esas dimensiones antes denostadas iban poniéndose en el centro de nuestra tarea.

La antropología desestructuró nuestra comprensión de cómo hacer ciencia, llevándonos a desmontar todo lo naturalizado, pero el cursado de la diplomatura implicó un desafío mayor; nos llevó a salirmos de nuestra *zona de confort*, donde quizás éramos docentes aparentemente deconstruidas, y develó nuestro lado más conservador, desde lo intelectual y desde las formas de hacer con nuestro cuerpo durante el cursado. Hasta el momento de iniciar el cursado, creíamos que la observación participante (*distancia+reflexión+participación*) era una técnica revolucionaria de investigación que validaba incluso la subjetividad *del investigador* (nuevamente en masculino), tan negada en la historia. Por el contrario, el cursado de la Diplomatura nos ayudó a ver cuán limitado era nuestro enfoque y nos estimuló a pensarnos como investigadoras y sujetos de estudio, a partir de la reflexión de y desde nuestros cuerpos. De a poco, esa distancia inicial empezó a diluirse cuando pudimos abrirnos a la posibilidad de que nuestros cuerpos y sus sensaciones eran importantes y que todo lo que producíamos provenía de ese lugar de enunciación, de ahí su carácter situado, desde lo vincular, lo espacial, lo temporal, entre otras variables. Las clases fueron ese lugar de descubrimiento, de desarrollo y de vivir, quizás en nuestros cuerpos, tomar al propio cuerpo como vector de conocimiento (Aschieri, 2018, pp.8-9).

La relevancia de la perspectiva y presencia de nuestros cuerpos en la investigación se nos fue develando como en capas, por medio de las entrevistas con María Luz Roa, nuestra tutora, así como también con el trabajo propuesto por el equipo docente y los colegas cursantes. Resultaron un insumo determinante nuestras infinitas charlas, de las que con el tiempo nos dimos cuenta de que debieron haber sido registradas. Un ínfimo registro de esto lo constituye nuestro cuaderno de campo personal, que fue escudriñado atentamente por nuestra tutora, ayudándonos a ver lo que estaba ahí, pero que nosotros no podíamos ver.

A lo largo de la cursada pudimos ver que la separación intelecto versus cuerpo es un abordaje occidental y hegemónico de la ciencia; era una

construcción cultural que naturalizaba el paradigma dualista cartesiano que separa el hacer/sentir del observar. Las clases, sus abordajes, sus propuestas, sus desafíos nos llevaron a pensar y a legitimarnos a partir de nuestros cuerpos, sus sensaciones, sus historias. Fue un verdadero descubrimiento. A lo largo de nuestras producciones se fue definiendo el tema de la memoria vinculada a los genocidios como eje central de nuestras preocupaciones. Esto llevó a que se nos asignara un eje específico de trabajo. A partir de esto fuimos, con nuestras conversaciones, produciendo diversas *performances* que tenían como punto fuerte el uso de la fotografía en tanto materialidad afectante. Tal como expone Citro (2020):

(...) una amplia gama de materialidades de distinta procedencia (natural, tecnológica, artificial), cuyo comportamiento plástico y algunas veces efímero y cambiante se va transformando en los vínculos con las/los participantes. Estas materialidades involucran, además de nuestras corporalidades, objetos, sonoridades, olores, gustos y espacialidades, es decir, toda manifestación actual en el mundo que pueda ser percibida con nuestros sentidos...y que tenga la particularidad de suscitar atención (...). (p. 8)

Las fotografías siempre estuvieron en nuestras vidas; nos acompañaron en nuestro crecimiento. Durante el exilio paterno en el Perú, consecuencia de la dictadura, Ana y su papá repasaban una y otra vez las fotos familiares. Insistentemente repasaban los nombres de los parientes; las muñecas tenían el nombre de las tías. Esas fotos la acompañaron siempre; incluso cuando su papá murió, fue lo único de que Ana se preocupó de retirar de la casa familiar como herencia material, quizás como el último acto de resguardo de memoria de la historia familiar, de su historia. En el juicio sucesorio reclamaba la documentación de cuando su papá estuvo preso, algo que jamás apareció y que hasta ahora se siente como el tesoro perdido para siempre. Para Alejandra las fotos son esenciales; también la conectan con sus ancestros y la unen con su presente. Heredera de las fotos

familiares, buena parte de su amor por la historia del siglo XX está ligado a la fotografía. Las fotos son la memoria que explica nuestra identidad y sus modulaciones. Es por ello que trabajamos siempre con la materialidad afectante, la fotografía, la memoria y su hilo transgeneracional a nivel familiar, pero también a nivel político.

PROPIUESTA DE TALLER: CORPORIZANDO LAS MEMORIAS

Las devoluciones de la tutora, de los docentes y de los compañeros nos ayudaron a profundizar la mirada situada en nuestro continente, surcado de presencias/ausencias, desde los cuarenta y tres normalistas de Ayotzinapa, los femicidios en Ciudad Juárez, los procesos de lucha y represión en Chile, el asesinato de Marielle Franco, la resistencia ancestral de los pueblos originarios, los grupos ambientalistas y por, sobre todo, las resistencias de nuestro linaje, tanto personales como colectivas.

La propuesta de trabajo final pretende dar cuenta del recorrido realizado por nosotras como equipo y las transformaciones que la diplomatura propició en cada una. En este sentido, tomamos como materialidad afectante las fotografías.

El juego presencias/ausencias permitía múltiples formas de representarlas y de abrir el juego a la participación de los compañeros. Reconocía también los vínculos fraternos y sororos con los que nos hemos acompañado en el transcurso de la diplomatura, donde tantas veces hemos expuesto vivencias personales. Nuestra propuesta de taller la hicimos con los compañeros de la diplomatura que voluntariamente participaron.

ALGUNAS MIRADAS

Pusimos el foco en reconocer que nuestros cuerpos son parte de un espacio y un tiempo, son parte de una *communitas*. Asimismo, son parte de una cultura, de un grupo social en específico, son parte de un linaje

concreto desarrollado a lo largo del tiempo. Esto significaba un cambio considerable en nuestra perspectiva, pero era fundamental para poder jugar con las categorías presencia/ausencia.

En relación con la búsqueda de cuerpos desaparecidos y violentados “por el narcotráfico, en México se desarrollaron las brigadas de búsqueda, es decir, familiares que con sus propios saberes buscan a sus parientes, descubriendo ellos los escenarios forenses”. Al respecto, Diéguez Caballero (2021), sostiene que:

(...) la búsqueda es un gesto connotado por cierta teatralidad al revestirse con los huesos de otros, como si se colocara una máscara que lo aproximara a otro para prestar el cuerpo a otros. Gesto situado del buscador que buscando a su hermano encuentra a otros...Un gesto es una forma de acción capaz de hacer pasar los recuerdos, las imágenes, por el corazón; capaz de afectarnos de un modo inusual. (...). (p.87)

Tuvimos presentes las imágenes de las mujeres que buscan los restos de sus familiares desaparecidos retratados en la película *Nostalgia de la luz* (Guzmán, 2010). Mientras que ellas revisan el desierto, nosotras buscamos a nuestros muertos a través de las fotografías. En un mundo inundado de imágenes, de imágenes retocadas y viralizadas, nosotras rescatamos fotos viejas y producimos fotos de espacios con otros fines: dejar grabado, darle a la memoria otro soporte.

Actividades:

En primer lugar, les pedimos que como disparador vean el siguiente video alojado en este link:
https://drive.google.com/file/d/1UBSpx5y402FKavD5IK4Gh0IpZ7_Db6yk/view?usp=sharing

- Luego, elijan un recurso de ausencia/presencia (material, sonido, dibujo, fotos, palabras, canción, etc.) acompañado de un texto de no más de 4(cuatro) que deberá ser subido en el

siguiente

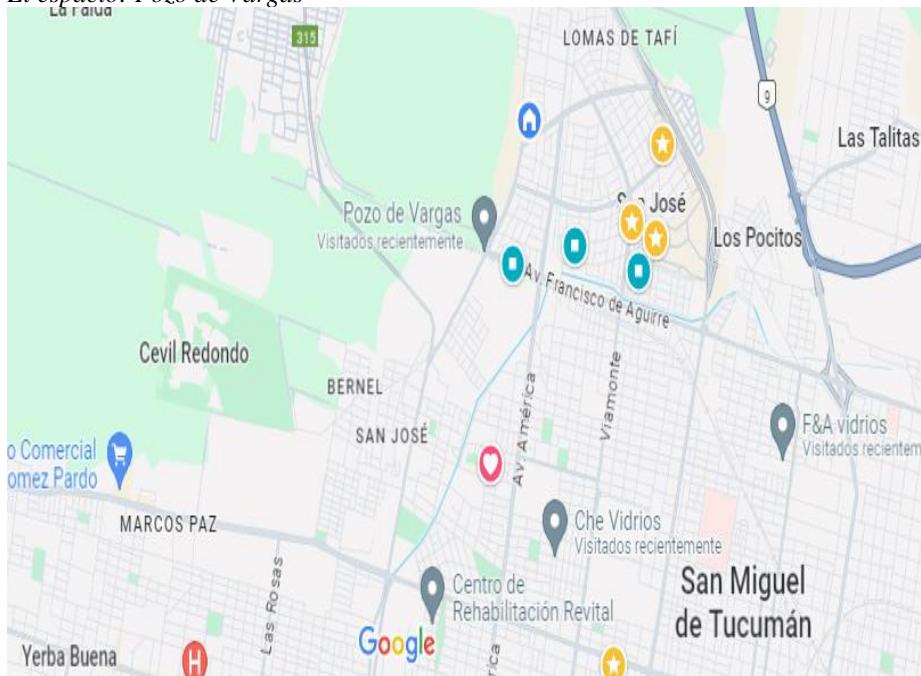
link:

https://drive.google.com/drive/folders/1P60uYrpvjOXT4pI5C_y_WhHpk4msJC1Fq?usp=sharing

- Finalmente, con las fotos que nosotras trabajamos en el video, más las fotos, videos y sonidos que los compañeros nos enviarán en el taller propuesto, las imprimiremos y nos iremos junto a las tres niñas de Ana al Pozo de Vargas (un centro de inhumación clandestina de Tucumán donde se encontraron 149 personas desaparecidas, de las cuales 118 ya fueron identificadas). Ahí las niñas colocarán todas las fotos.

Figura 1:

El espacio: Pozo de Vargas



Fuente: Google Maps (s/f). <https://www.google.com/maps/@-26.7773419,-65.2662095,13.14z?entry=tlu>

El Pozo de Vargas fue un lugar de enterramiento clandestino utilizado por el terrorismo de Estado para el ocultamiento de los cadáveres de las víctimas de detención forzada de personas. La quinta de la familia Vargas se encontraba en un espacio geográfico particular: en un vértice entre los municipios de San Miguel de Tucumán, Tafí Viejo y Yerba Buena, junto a las vías del tren, en un espacio bien comunicado y, al mismo tiempo, relativamente aislado.

Tengamos presente que Tucumán es un lugar con varias particularidades: la primera es que aquí el terrorismo de Estado comenzó con el Operativo Independencia en febrero de 1975 y aquí se instaló el primer Centro Clandestino de Detención (la Escuelita de Famaillá). En segundo lugar, el principal responsable del genocidio, Antonio Domingo Bussi, fue electo gobernador. A posteriori, su partido siguió jugando un importante rol en la provincia, con un piso de cien mil votantes. En Tucumán, funcionaron más de setenta Centros Clandestinos de Detención. Sirva este dato para dimensionar la expansión del terror y de la violencia estatal. Prueba de ello es la identificación de personas de otras provincias desaparecidas en Tucumán en el Pozo.⁴

Por otra parte, el Pozo de Vargas es uno de los vértices del barrio donde vivimos. Está en el límite entre San Miguel de Tucumán y Tafí Viejo. El morbo, la desmemoria, la difícil incorporación de esa historia a este nuevo barrio marcan una relación difícil de espacio. Es también el lugar con más cuerpos identificados de la provincia.

Objetivos

⁴ Véase Erlich, Ilde, Trenes que te llevaban al mar. Apuntes sobre Tafí Viejo y Colaneri, María Gloria y De la Vega, Juan Manuel, Inhumación clandestina en el “Pozo de Vargas” en Garaño, Santiago y AUTORx (eds.) (2022). Operativo Independencia: geografías, actores y tramas. San Miguel de Tucumán: EDUNT.

- Intervenir un centro de inhumación clandestina.
- Dar cuenta de las presencias/ausencias construidas colectivamente durante la diplomatura.
- Generar nuevas formas de intervención a partir de la experiencia.
- Analizar la materialidad afectante como forma de cohesión social.

Imágenes y palabras aportadas por los compañeros en el taller: Se adjunta en la siguiente dirección el PowerPoint con los recursos aportados por los compañeros y nosotras en respuesta a la propuesta:
<https://docs.google.com/presentation/d/1FTTENbzLYNofl-ZaX7aWqyqlg52XOm-o/edit?usp=sharing&ouid=102325932853254691602&rtpof=true&sd=true>

Link de la filmación de la intervención realizada en la Pozo de Vargas:

<https://drive.google.com/file/d/1El30rk4E5ja-sWonthegeUKvzd6Yp4jyf/view?usp=sharing>

Registro fotográfico de la intervención en el Pozo de Vargas:

https://drive.google.com/drive/folders/1wSt_gQgFTXtzoX09e5Ch_zJTXGMROa62?usp=sharing

ANÁLISIS DE LA INTERVENCIÓN

En nuestros cuadernos de campo y en nuestros trabajos de laboratorio, la fotografía como dispositivo de unión entre la memoria y la identidad fue omnipresente. Se manifestó desde el inicio como una memoria marcada y signada por los genocidios, que atravesaron nuestra biografía personal/familiar/social, nuestras formas de ser mujeres (blancas, clase media “digamos”, universitarias) y de ser-habitar este mundo. La

elección de nuestro taller tuvo que ver con ese trayecto iniciado en la diplomatura; ese ir autodescubriendonos nos llevó también a plantear su implementación inicial con los colegas de la diplomatura. Un tema central de nuestros cuadernos de campo era la familia, la niñez, la memoria. La niñez como potencialidad, como ese momento en que la afectación se manifiesta con total libertad en el cuerpo, en sus sonidos, en sus gestos. Cuando vemos el video disparador del taller, podemos ver que la historia familiar se encarna en Ana; esas presencias y ausencias reingresan al cuerpo de Ana a través de sus hijas, ellas que preguntan, al principio como un juego, y luego van interpretando el significado de cada una de esas fotos que se colocan, se “encarnan” en el cuerpo de su madre.

Por su parte, los compañeros también seleccionaron dispositivos, imágenes, canciones, fragmentos de poesía que representan esas ausencias/presencias, esos todos que nos integran y nos habitan y que forman parte de la historia. Fue así como, en ese espacio, nos encontramos con aquellas ausencias/presencias traídas por nosotros, a las que se adicionaron las pensadas por los compañeros. Todos participamos de esa performance irruptiva en el Pozo de Vargas, confluendo así con la historia dolorosa de nuestro pueblo, de este Estado que se construyó a través de la persecución y segregación de otros. La invisibilización es central en este espacio; los muertos no se ven, estaban dentro de ese pozo que funcionó entre 1975 y 1977 aproximadamente. Ese pozo ocultaba la muerte, que empezó a develar su evidencia recién en el año 2008 cuando se identificó el primer resto óseo que correspondía a Guillermo Vargas Aignasse. Nosotros fuimos a encontrarnos con quienes tiraron en ese pozo, los padres de nuestros amigos, los abuelos de nuestros estudiantes.

En ese entramado del que hablamos al comienzo, las hijas de Ana eran destinatarias de nuestro legado, pero a lo largo de la diplomatura también fueron protagonistas de nuestros trabajos. Es por ello que decidimos que fueran ellas quienes colocaran las fotos en el cerco del Pozo de Vargas. Una de las fotos más significativas fue la de su tío Lito,

desaparecido en Jujuy en 1975. Las chicas colocaron en ese cerco metálico, que también es un tejido, las fotos de su abuelo Luis Concha, las imágenes de la familia y las del trabajo de investigación de su mamá (vinculado al juicio por el Operativo Independencia). Estas imágenes se fueron mezclando con las fotografías seleccionadas por Alejandra, *la tía Ale*, que mostraban su vida personal y momentos familiares, que aleatoriamente se iban intercalando con representaciones que mostraban la crueldad de la Shoá y los matrimonios en cautiverio. Entre todas estas imágenes también colocaron las reflexiones aportadas por los compañeros en el taller inicial. En ese cerco de alambre confluyeron hilos del presente con ese pasado reciente que no pasa. Se unieron la memoria individual de manera colectiva, abrazadas al presente, pero mirando con fuerza y valentía a los crímenes masivos que por años quisieron ocultarnos. Ese lugar del horror fue intervenido por esas niñas que en sus cuerpos expresan el presente-futuro. En el video puede verse la fuerza que tiene la colocación de las imágenes, la irrupción en la cotidianeidad del lugar, la tristeza, lo conmemorativo, pero también la alegría de los cuerpos de esas niñas que miran el pasado de frente, quizás un anhelo de esperanza en un momento donde el negacionismo más recalcitrante vuelve a atemorizarnos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aschieri, P. (2018). Hacia una etnografía encarnada: La corporalidad del etnógrafo/a como dato en la investigación. *Revista Antropología da Dança*, 4, 74-108.
- Barrera, J. (2021). *Punto de Cruz*. Madrid: Almadía Ediciones.
- Citro, S. (1999). La multiplicidad de la práctica etnográfica: reflexiones en torno a una experiencia de campo en comunidades tobas. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 18.
- Citro, S. (Coord.). (2012). *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires: Biblos.
- Citro, S., & Rodríguez, M. (2020). Materialidades afectantes, memorias reflexivas y ensayos performáticos. Movilización de saberes encarnados. *Universidad de Ciencias Sociales y Educación*, 9(17), 23-56.
- Dieguez Caballero, I. (2021). *Cuerpos liminales. La performatividad de la búsquedas*. Córdoba: Ediciones DocumentA/Escénicas.
- Garaño, S., & Autorx (Eds.) (2022). *Operativo Independencia: geografías, actores y tramas*. San Miguel de Tucumán: EDUNT.